Tomo 9

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 5

San José, Costa Rica **1924** Lunes 6 de Octubre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Biblioteca y Sala de Banderas de la América Latina

(De *El Libro y el Pueblo.* México, D. F).

[El 19 de abril pasado se inauguró en la ciudad de México la Biblioteca y Sala de Banderas de la América Latina. Con más de 10.000 publicaciones iberoamericanas ha comenzado la Biblioteca. A propósito, del Sr. VASCONCELOS son estas palabras].

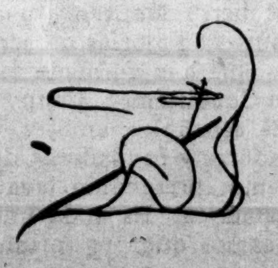
Todo el que en México lee, conoce por triste experiencia lo difícil que es encontrar libros que leer. No sólo en los pueblos, en las ciudades el servicio de bibliotecas ha sido casi nulo y sólo ahora comenzamos a gozar las ventajas de la biblioteca moderna que posee libros buenos y útiles, a disposición de toda clase de personas. Ya en la ciudad de México no lee el que no quiere, porque por todos los rumbos se han abierto bibliotecas grandes y pequeñas, en las que el lector encuentra libros de conocimientos generales, de historia, de ciencias, de viajes y de literatura, libros universales de que nos surte el mercado propio y el mercado europeo.

Pero los libros de la América del Sur, que contienen el pensamiento de nuestros hermanos, no nos llegan sino por excepción y no ha habido sitios dondé encontrarlos. Las librerías comunmente sólo nos venden lo que se edita en Europa y Estados Unidos. Y resultaba lamentable que a pesar de tanto afán de estrechar relaciones, no nos era dable ni conocer las obras sudamericanas. Para remediar esta dolorosa, por no decir vergonzosa situación, se funda esta biblioteca, que, por lo dicho, responde a una verdadera necesidad nacional. Desde hoy quedan a disposición del público en esta vasta sala más de diez mil volúmenes de publicaciones, mapas, cuadros, datos y de asuntos iberoamericanos. De hoy en adelante, el que quiera saber lo que es y lo que piensa la América Española, no tendrá más que venir a este salón para servirse de la colección acaso más completa de obras hispanoamericanas que existe en el Continente. La más rica sin duda, en obras modernas dedicadas a la biblioteca especialmente por los autores, pues ha bastado el anuncio de su fundación para que de todos los países hermanos nos hayan estado llegando donativos de particulares y de gobiernos, en tal número que del total de volúmenes sólo seis mil ha adquirido el gobierno en distintos países del Sur y el resto ha sido fruto de colaboración entusiasta y generosa. ¡Bello rasgo que demuestra la solidaridad espiritual, imponiéndose a la indiferencia y a la distancia! Grata satisfacción también para todo el que escribe en castellano, saber que aquí, en la antigua capital de México, hay una hermosa sala donde puede dar a conocer sus escritos, a la vez que dejarlos depositados para todas las generaciones, mientras el libro dure. Satisfacción placentera que antes no teníamos los que publicamos libros, porque si es cierto que la antigua Biblioteca Nacional los conserva, en cambio no podemos estar muy seguros de que pronto se ofrecen al público. Tampoco será ya indispensable enviar nuestros libros, para defenderlos del tiempo, a las bibliotecas excelentes y hospitalarias de Washington o de Nueva York. Desde ahora los libros de la América Latina tienen hogar propio. Ayudadnos a hacerlo saber a todos nuestros compatriotas continentales, señores Ministros de las Antillas, de Centro y Sud América. Deseamos que se sepa también en España. Hagamos saber por doquiera que en esta sala se acoge todo pensamiento impreso en castellano y se le conserva protegido idealmente por los escudos y las banderas de todas las naciones de la raza. Naturalmente también se guardarán en este recinto los libros y la bandera del Brasil hermano, pues deseamos reunir colecciones de todo cuanto se escriba en la lengua dulce de Portugal. Por eso hemos llamado esta institución Biblioteca y Sala de Banderas de la América Latina. Reunimos el pensamiento de los veintiún pueblos y cada una de las banderas que representan un anhelo racial de libertad y una aspiración común de unidad. También hemos comenzado a reunir mapas y fotografías de ciudades y de paisajes iberoamericanos y aún medallas y objetos típicos de cada región; de suerte que pronto podremos contar con un modesto Museo del Continente. Todo esto se completará con la serie de bustos y retratos de hombres eminentes de la patria común, entre los cuales ya se han mandado a hacer los de Bolívar, San Martín, Juárez, Hidalgo, Sucre, Sarmiento, José Asunción Silva, Martí, cuyo retrato nos va a ser envlado por *El Diario de la Marina,* y así, sucesivamente, hasta que nos veamos obligados a ampliar esta casa; esto lo hemos previsto y contamos ya con dependencias interiores para el objeto. La decoración de esta Sala, como ya lo habréis observado, consiste en un hermoso mapa de la América Latina con sus carabelas y sus ciudades, y sus símbolos y sus vientos; mapa que Roberto Montenegro dejará terminado cuando llene el muro con teorías de personajes indígenas y españoles de los que han formado la América Hispánica; héroes como Cuauhtémoc, Caupolicán y Atahualpa y los constructores españoles; monjes, virreyes y soldados con los libertadores y fundadores de las nacionalidades. En suma, hemos pretendido levantar en este sitio la casa de Iberoamérica. Es toda nuestra, señores, y al decir esto indicamos que por lo mismo pertenece al

mundo y a la humanidad entera, como todo lo que es iberoamericano. Al ponerla así a vuestras órdenes, queremos aprovechar también la ocasión de demostrar que el Gobierno de México no persigue con estos actos ningún fin de propaganda egoísta, ni siquiera presume de seguir una inspiración original o exclusiva. El gobierno responde al sentimiento nacional iberoamericanista, y este sentimiento no es producto efímero de la hora presente, sino antigua y arraigada aspiración, tan antigua como nuestra nacionalidad, como lo demuestra el discurso que hemos hecho pintar al fresco en el muro macizo de esta Sala, el discurso en que don Servando de Teresa y Mier, uno de los padres de nuestra patria, pidió al Congreso que decretase para Bolívar los honores de la ciudadanía mexicana. La inscripción en su totalidad dice:

«Señor: Hay hombres privilegiados por el cielo, para cuyo panegírico es inútil la elocuencia, porque su nombre solo es el mayor elogio: tal es el héroe que en los fastos gloriosos del nuevo mundo ocupará sin disputa el primer lugar al lado del inmortal Washington: por esta señal inequívoca, todo el mundo conocerá que hablamos de aquel general que, contando las victorias por el número de los combates, destrozó el envejecido cetro peninsular en Venezuela, su patria, en Cartagena, Santa Marta, Cundinamarca, Quito y Guayaquil, con las cuales se formó la inmensa República de Colombia; hizo más: se venció a sí mismo, depuso voluntario su espada triunfante a los pies de los Padres de la Patria que reuniera para constituirla y se constituyó su primer súbdito, rehusando con empeño todo mando: de aquel hablamos que, resumiéndolo, por obediencia sin ficción, está ahora triunfando en el país de los Incas, de las últimas esperanzas de la soberbia española: de aquel hablamos, en fin, a quien las Repúblicas de la América meridional, unas tras otras, han nombrado sin miedo su dictador, porque el cúmulo eminente de sus virtudes aleja toda sospecha de abuso y despotismo. Tal es el excelentísimo señor don Simón Bolívar, Presidente de la República de Colombia, Gobernador Supremo del Perú, llamado con razón el «Libertador», admiración de la Europa y gloria de la América entera. Por sus tratados de íntima alianza entre las repúblicas de América, ya es, y merece serlo, ciudadano de todas. Pedimos, pues, que V. Sob., declare solemnemente que lo es de la República Mexicana, en lo que creemos recibir aún más honor que a él puede conferirle este título; por lo mismo haríamos agravio a V. Sob., altamente penetrado de reconocimiento y estima, por los servicios patrióticos, valor y virtudes del héroe, si para tal declaración exigiésemos las fórmulas comunes: aquí todo debe salir del ordinario, y suponemos que la aclaración unánime del Soberano Congreso del Anáhuac es la sola vía digna del héroe inmortal, que V. Sob. va a declarar ciudadano de la República Mexicana. El diploma y la manera de entregarlo serán igualmente dignos del ciudadano y de la magnificencia de su nueva patria. *Mier* y siguen las firmas».

José Vasconcelos



Una...

=Del tomo *Cenizas* (Cuentos), Leipzig, 1923, cuyo envío le agradecemos al Sr. Herrera, fino escritor de Guatemala.=

El perfil suave y fino; las pupilas tenebrosas; más tenebroso el cabello; las manos aristocráticas y un aire de distinción, una innata elegancia que hacía pensar en las selecciones de estirpe y suponer que aquella muchacha heredó sus maneras de algún ancestral remoto y principesco.

La había conocido cinco años atrás. Fué en una noche de juerga. Cuando el fresco y vigoroso mocerío llevábalo, de estudiante, a pagar sus ardores con las hembras de ocasión y en las casas de mancebía. En una de estas casas Juan reparó una noche en la belleza ¿Natalia? Erlinda en el prostíbulo. Casi todas se cambian nombre al iniciarse en la mala vida. Quiénes por un vestigio de pudor; quiénes, por costumbre. Siguen la tradición...Erlinda! y el uso o la humorada de cualquiera hizo la contracción del nombre y simplemente se le llamaba Linda.

Y era linda de veras y la más pulcra de las pupilas. Felina y elegante, tenía la conciencia de su belleza y su aristocracia se impuso en la promiscua sordidez del pupilaje.

Desde entonces fué Juan el huésped asiduo de la casa. Pasábase las horas con la Linda. Derrochaba escandalosamente. Le compró trajes de seda y hasta le regaló con un brillante sustraído al joyero de su madre. Sus amigos notaron la predilección y él excusaba este capricho, aduciendo que Erlinda era la más bella del prostíbulo y que tenía una voz extraordinaria.

Naturalmente, a Juan gustábale pasarse las noches, oyendo aquella vocecita dulce y cansada, llena de pausas que le sugerían el recuerdo de esos pájaros que, en la fatiga, van posando en cada rama su vuelo desfallecido...

La muchacha, enamorada de Juan, un día le refirió su historia. ¡Cómo él después sonreía a su pueril credulidad de otro tiempo! La de todas éstas: Historia confusa y enmarañada; llena de absurdas situaciones; tejida de embustes... ¿Quién desentrañaba de aquel fárrago los hilos de verdad?

Como siempre, alguien era culpable en su caída. Vino de Colombia liada con un cómico. Uno de esos cómicos de la legua que desfilan en los limbos de la anodinia con el fracaso en la acritud del ceño y el hambre trasnochada en el desmayo de los ojos. Aquí, disuelta la farándula, el cómico la abandonó y ella, que en aquel tiempo conoció a una amiga, quiso olvidar en amoríos fáciles la traición del infiel. Hasta un día que en la casa de esta amiga y en pleno holgorio, asomó la policía y las dos fueron presas por ejercer la prostitución clandestina.

Fué en la prisión de mujeres donde Natalia una tarde conoció a la Chispa. Cuarentona con la cara más arrugada que un acordeón. Iba embadurnada de afeites; apestosa a perfumes baratos y vestida de colores chillones. Apenas oyó la recluída ciertas palabras entre la Directora del Penal y la Chispa. Hubo cierta concesión de aquélla para ésta. Algo como una transacción; sonó a sus oídos un precio como latigazo y al fin se le ordenó que liase sus cosas para seguir a la Celestina. Hizo un hatillo de sus prendas y, sin saber cómo, perdida la memoria, se encontró después en el fondo de un coche de alquiler que las dejó frente a una casa, en cuya puerta relucía una luz escarlata como una pupila de vicio.

La mujer sometióse a su nueva vida con la resignada mansedumbre de una bestia de carga... Pero algo quedaba

en ella de la ruina. Perduraba en su ánimo, en su misma carne, un vestigio de pudor, de recato. Del modo que en los crepúsculos perdura a veces un celaje tras el naufragio del sol...

Y llegó Juan. La perdida estaba loca por el estudiante. Le gustó por hermoso y delicado. Una noche Juan apartóse con ella y pidió champaña para los dos. La requebró y a la hora de partir, la muchacha se prendió a su cuello y le cogió el sombrero. Juan, siempre sensible a las mujeres, devolvió el cumplido con una caricia. Fué el minuto redentor. Vivió con ella dos meses de lujuria y de vergüenza. Abandonó sus estudios. Llenábale el alarde rufianesco de ser «el de corazón» de la pupila más bonita. Fué el huésped cuotidiano del burdel. En las calles las mujerzuelas le decían adiós con gestos descocados. Por aquel tiempo se burlaba de los que tenían novia; hízose redentorista empedernido y su desvergüenza llegó al grado de hacer la defensa sentimental de las mujeres caídas, ante el pasmo de la madre que lloraba viendo al hijo perdido y encendiendo velas a los santos...

—No soporto mas la vida en esta casa. Al verte revivió en mí la vergüenza. Desde que te conocí, siento la repulsión de esta vida arrastrada. Ya no me ocupo con nadie; pero la vieja me pega y como no le hago negocio, cada día me recarga la deuda. No me importa por mí que un día he de morirme; pero quiero estar sola contigo...

Juan sintió que la sangre se le iba por los pies ¿quería que la sacase de ahí? Adivinándole el pensamiento le dijo:

—¿Cuánto debes...?

Por los ojos de la mujer pasó una llama de gozo. Con gentileza hundía el rostro entre las manos sintiéndose, azorada y, casi sin palabras le musitó:

—Es mucho...Diez mil pesos... ¿Me vas a sacar?

Juan respondió:—Sí...

Súpolo el padre, notándo la sustracción de dinero en la caja y cuando un amigo, empleado de la Jefatura, le enteró de los trámites odiosos en que andaba el hijo. Juan se enfrentó al padre anonadado. Oyó el vozarrón senil soltándole palabras de ira, de dolor y de amenaza. A la mañana siguiente la voluntad paterna se compendió en una carta en que se le recomendaba a una casa de comercio de Nueva York. Con la carta había un giro para sufragar el viaje.

Y Juan se marchó. Corrieron años. Apuntó en él la madurez consciente. Viajó. Vivió y, naturalmente, olvidó a la mujerzuela que fuera causa de su odisea y después, el recuerdo de aquella pasión le sugería la imagen de algo sucio que pasó manchando la ingenua frescura de su adolescencia.

Juan volvía de su largo viaje. Mientras el tren iba acercándolo al hogar, evocaba la imagen de sus familiares, borrosa ya en su memoria por cinco años de ausencia. La barba paterna de fijo ganaría en majestad con la nieve de los años. En las pupilas de la madre anidaríanse el dolor y la nostalgia. ¿Y las hermanitas? Lucy ya sería una mujer. Carmen lo agobiaría a preguntas con los ojazos henchidos de infantil asombro. Mentalmente las veía. Adivinaba sus rostros, recordando vagamente en las facciones, los rasgos incipientes que ahora habrían solidificado su belleza.

Esa grata lascitud del alma que reposa como un barco que salvó galernas y, plegando velas oreadas de soles y mordidas de huracanes, vuelve un día a la rada, quizás a no salir ya nunca... ¿Quien no aquilató bien este sosiego tras la hora inquieta en que una ráfaga nos echó fuera, nos llevó lejos... a triunfar... a fracasar... no importa a qué: siempre a sufrir; pero, en los recesos de calma, penetra muy honda esta dulzura del lar quieto y acogedor que nos espera fiel como el corazón de una mujer enamorada? Eso sentía Juan tras la efusión del primer momento, tras el encuentro caluroso de abrazos, sonoro de besos y húmedos de lágrimas...Carmen, con unos ojazos de fiebre y maleficio... Lucy, con una melancolía de balada, suave tristeza de suspiro.., aquélla, era llama; ésta era céfiro...

Camino de su cuarto pensaba de este modo, cuando, al trasponer el ángulo de un corredor, una visión le congeló la sangre... Natalia! ¿Era posible? Se frotaba los ojos, creyéndose alucinado y tuvo la evidencia, siguiéndola, viéndola plenamente a la luz de un ventanal... ¡Ella! Ella misma... Con aquel lunar junto a la boca bellísima, donde su boca apagó tantas veces su lujuria. Natalia... Su vergüenza... y en su casa! ¡Qué cómica es la vida! Los círculos de la hoja en el torbellino que la arrastra! Las vueltas de la vida ante el torbellino de la muerte...! pero, ¿por qué fatalidad, por qué estupido acuerdo de las cosas, una amante de otro tiempo, una perdida, reaparecer ahora en su vida y hasta en su propia casa, maculando la austeridad doméstica? Una onda de recuerdos asqueábale el corazón. Había quedado inmóvil en el quicio de una puerta, sintiendo que le golpeaba en las sienes un martilleo febril. Unos pasos cortáronle el sopor. Volvió los ojos y una sombra, una sombra ágil y muda, pasó casi rozándolo y envolviéndolo en un efluvio de cálida fragancia...

Se tendió en el lecho vestido. La emoción le resecaba las fauces. Sentía fiebre, insomnio, asco, curiosidad... hubiera querido despertar a su madre para saber al punto las cosas. ¿Cómo vino esta mujer a su casa? ¿Qué rueca tan singular hiló la vida durante su ausencia? Natalia, Natalia... Mentalmente repetía el nombre cuyo ritmo se prolongaba hasta el infinito en la pulsación de sus arterias, mientras la imagen se le aparecía lúcida e impúdica entre las blancas imágenes de sus hermanas. La visión le obsedió toda la noche. Tuvo pesadillas y hacia la madrugada, oyendo el lejano sollozo de una marimba, una crisis de tristeza le humedeció los ojos recordando aquellas noches abyectas y procaces del lenocinio cuando, con otros señoritingos, horteras y estudiantes, pagaban la marimba a escote para bailar hasta el amanecer...

Al día siguiente meditó mucho la salida de su cuarto. Pensaba en su primer encuentro con ella ¿qué cara pondría? Una inquietud picante impulsábalo a decidir la situación. Colaboró la casualidad. Sintió pasos a su puerta. Vibró una voz dulce y cantarina:—Señor, ¿se puede? Un brazo blanquísimo emergió de entre las cortinas de la puerta con unos periódicos en la mano. Apartóse la cortina y asomó una cabeza de mujer. Ella! Fué la visión de un instante! La sorpresa le arrancó un grito mal reprimido y huyó azorada, dejando caer los periódicos al suelo.

—¿Mamá, cómo conociste a esa muchacha? ¿Cómo vino a casa?

La madre escrutaba al hijo con extrañeza.

—¿Te gusta? Bonita... ¿verdad?

Juan sintióse azorado adivinando mal interpretada su pregunta; pero ¿podría soltar la enormidad que lo intranquilizaba desde la noche del regreso? Salió del trance diciendo:

—Creo que la conozco... Recuerdo vagamente... Alguna vez la he visto... —Tal vez. Es una buena muchacha. Me ha contado una historia triste. Un hombre la abandonó por otra. Pero es tan seria y laboriosa. Cose, borda, en fin, se gana la estimación... Tus hermanas la adoran...

—Pero ¿salen con ella a la calle?

—Claro ¿no las lleva al colegio?

Otra vez el pasado veníale a la memoria asqueándolo. ¡Una prostituta redimida, aya de sus hermanas y llevándolas a todas partes! Juan dejaba traslucir sus emociones. La madre mirábalo asombrada... ¿Qué te pasa? Te quedas

como atontado... Y veía al hijo entre sorprendida y rencorosa porque una vaga intuición dejábala adivinar algo...

—No, nada mamá... Es que me parece una muchacha singular... Tal vez venida a menos... Parece que ha sido algo mejor. Tú misma la elogias...

Y el cínico sintió cómo en aquel momento la revelación, subiéndole en un hálito sincero venido del alma, se le detenía en los labios temerosos y falaces. Vaciló un instante. La verdad llenábale la boca. . ¿La diría? ¿No la diría? Y tuvo miedo de hablar.

Y como tuvo miedo de hablar, disculpó su cobardía, buscando un pretexto que nunca asomaba, mientras corría el tiempo y aquella sombra, aquel oprobio, perduraba en su casa. El era el árbitro, sin embargo, nada hacía. Nada decía.

Revolvíase en una impotencia fatal. Entre vagos sentimientos de odio, de asco, de tristeza y de deseo, porque volvió el deseo obsesor e indomeñable.. Recordaba la figura gentil y bellísima; la voz musical y doliente; la onda de voluptuosidad que lo envolviera, la noche del regreso, al toparla junto a una puerta...

Y ella lo adivinó todo; lo presintió todo y esquivaba los encuentros. Andaba por la casa quedamente, humildemente, queriendo pasar inadvertida, reducirse, hacerse invisible. Varias veces sorprendióla Juan atisbando su paso para salir ella de algún sitio.

Un antiguo camarada de la juventud le soltó un día con cínica sonrisa: —Ya la vi... Ayer que fuí a buscarte, ella me abrió la puerta... ¿Tú mismo la llevaste? Juan sintió ganas de romperle la crisma al imbécil. Pero, no fué sólo éste. Otros se lo dijeron. Los amigos que sabían la historia. Y Juan pensó que su tolerancia era vergonzosa. Aquello no podía seguir así. Imaginaba la indignación de sus padres, si un día supiesen.,.

De súbito, una noche, Natalia no fué ya la tímida de siempre. Juan leía en su escritorio, cuando vió abrirse la puerta y penetrar por ella la mujer. Iba palidísima y palpitante. Temblaba como una hoja en el viento.., le temblaba hasta la voz; pero sacudió la cabeza en repentina decisión y aquella voz temblona estalló como un gas comprimido; se derramó, como del alveo roto se derrama un torrente. Le dijo, le gimió:

—Perdone que me entro así... Si no le hablo hoy no le hablo nunca... Sólo una palabra, por Dios .. Si Ud. supiera qué pena... No tengo vida desde que Ud. vino. No sé por qué no me fuí esa misma noche antes que Ud. se diera cuenta... Pero me iré luego. Se lo prometo. . Ya sé qué efecto le hace a Ud. verme en su casa; pero por lo más santo, por sus hermanitas, no le diga nada... no les diga quién soy... Yo me iré cuando tenga un pretexto... Pronto... Si yo no debiera, pero tengo adelantado el salario de seis meses! Dios mío, si hubiera sabido que esta era su casa... qué triste es mi vida... De dos casas me han echado al saberlo... y ahora que me sentía feliz... Siempre mi desgracia! Y una que quiere enmendarse... Pero le ruego que no sepan... Me moriría de vergüenza...

En esto, unos pasos. La voz de Carmen:—Luisa, ¿dónde estás? (aquí se llamaba Luisa),

Y Natalia se desvaneció como una sombra... Quedáronle a Juan en el alma muchas cosas rotas y en el ambiente, un incitante aroma de verbena...

Juan pensaba: Es buena. Se ha regenerado.., ¿No él mismo le hablara de regeneración y de una vida honesta en otro tiempo, cuando se abrazaba con ella? ¿Por qué hermetismo absurdo, por qué inhumanos prejuicios arrojarla entonces de una casa en que trabajaba y servía honradamente?

Naufragó el último escrúpulo. Pensaba: ¿Y si estuviera enferma? ¿Quedaba ilesa de tantos años de vicio? ¿Y si un virus infectó y arraigó en su carne divina? ¿Y si había algo latente, algo tan sólo escondido por la eficacia de un tratamiento...? Una visión de hospital, de pústulas, de llagas, de cosas sucias y hediondas enturbiábale la mente. Entonces sentía una súbita rebelión contra toda piedad. Imaginaba esas escenas de la vida canalla en la procacidad del meretricio e imaginaba otras escenas: la perdida, la presunta enferma codeándose, rozándose con dos vírgenes. Qué cosa tremenda! Algo revulsivo le estragó las entrañas. Y se decidió.

—Madre, quiero hablarle de una cosa en reserva.

La madre contuvo hasta los latidos de su corazón para oirlo.

—¿Sabe Ud.... la muchacha... Natalia... Se acuerda acuerda que la dije que la conocía?

—¿Bien y qué?

—Que sí la conozco y que no debe estar en casa un día más...

—¿Y por qué?

—Porque... en fin, se lo diré a Ud. todo. Esta muchacha ha sido de mala vida. Estuvo en una casa...

El asombro demudaba el rostro de la madre.

—¿Qué dices? no comprendo...ella, Luisa...?

—Sí, ella.

—Pero ¿Cómo...? ¿Estás seguro...? ¿Cómo lo sabes...?

La vergüenza abrazábale a Juan hasta los cabellos. Sentía sus palabras sucias ante la santidad de la madre.

—¿Cómo lo sabes tú?

—¿Qué quiere Ud.? Soy hombre y estas cosas... Cuando yo era pasante de derecho, todas éstas llegaban al juzgado. Se mantenían en líos... Ahí la conocí hace tiempo. Ahora, al verla, fuí recordando...

—Pero, esto es atroz... ¿Y esa seriedad... Y ese aire tan recatado...?

—Como Ud. quiera. Ella le habrá contado embustes; pero yo estoy seguro y debe sacarla inmediatamente de aquí. Considere Ud., mamá, esta mujer aquí, en mi casa, con mis hermanas...

El asombro hacíase palidez en el rostro de la madre que repetía con voz triste:

—Dios mío, qué vida...

Al instante colmólo el arrepentimiento ¿Por qué lo dijo? ¿Hubo alguna vez hombre tan miserable? ¿No pudo inventar algo, una cosa pueril, alguna futileza para no publicar una vergüenza... para no remover tantas cosas tristes que empañara la piedad del tiempo? ¿No pudo él mismo decirle: Márchate. Así, sin razones, sin explicaciones.. ? He aquí que en él brotaba aquel impulso miserable que el hombre lleva latente a toda hora y la había infamado, la había desnudado, la había sumido otra vez... Y entonces, sin saber por qué, Juan pensó en aquellas raicecitas que su bota aplastaba apenas recién brotadas de la tierra y en esas estrellas que tapa una nube cuando empiezan a brillar...

Oyó la voz de la madre, cuando llamó a Natalia. Oyó el ruido de una puerta cerrada con cautela. Oyó una plática sorda, confusa y salpicada de sollozos... Después se abrió la puerta. Acercáronse unos pasos... Era ella que iba a encerrarse en su cuarto. Toda la noche oyóla sollozar, agitarse, moverse abriendo y cerrando gavetas... Y Juan lloró de piedad por ella y por él mismo de desprecio...

Se levantó temprano, presintiendo que Natalia se iría

esa mañana y al oirla abrir su puerta, tomó una resolución fulminante. Extrajo de la cartera un cheque y esperó a la expulsada. Ella, al salir, pasaría frente a su cuarto. Con la puerta entornada oyó hasta dentro de su corazón los pasos que se acercaban. Abrió la puerta y la vió... Qué visión...! ¿Fué la soberanía del dolor? Iba extraordinaria. La deseó en aquel instante como no la deseara nunca. El llanto le había ennoblecido los ojos. Las ojeras comentaban insomnios y tristeza.

Juan le habló temblando:

—Natalia, un momento... quiero hablarte...

Juan sintió que su voz se arrastraba como un perro. Ella volvióse levemente desdeñosa y se encaró al hombre como majestad de reina.

—¿Qué quiere?

—Natalia... Luisa... No te vayas enojada... Era necesario; pero, toma esto para que te ayudes.

Y le dió el cheque. Ella lo escuchaba perpleja. Luego alargó la mano; estrujó el cheque entre esa mano que parecía una araña blanca destripando una presa y por fin arrojó al rostro de Juan el papel crujiente y quebrado.

Que dióle al hombre en la mejilla como una bofetada. Y apenas oyó, cuando ella le dijo volviéndole la espalda:

—¡Qué tonto...! Recibirle algo a Ud. que ni siquiera supo ser hombre...!

Y como una majestad ofendida, Juan la vió alejarse... Apagarse, porque el dolor y la vergüenza le tapaban los ojos...

* *

Algún tiempo después Juan supo que Natalia había entrado de nuevo en un prostíbulo.

FLAVIO HERRERA.

El retrato

Dicen que en él está mi padre exacto
con esa cara larga y aguileña.

Tumulto de recuerdos adorados
que vienen en desorden de la escuela
y que ahora caminan como sombras,
como las sombras de mis horas nuevas.

Surge mi padre ahí: en los rincones
de aquella edad ya muerta.

Y algo suyo de ayer, que todavía
se ve al trasluz de esa pintura vieja....

Rima

Hoy me encontré una tumba abandonada
a un lado del camino de la aldea
sobre la húmeda arena
con su pequeña lápida de piedra.

Como esperanza muerta
en la cruz de madera
hallé una retorcida madreselva....
Me acurruqué en la alfombra de la yerba
para leer la leyenda....;...
......¡Ni una letra siquiera!......

ARTURO MEJÍA NIETO

Mississippi, 1924.

La Conferencia Centroamericana en Washington

(De *La Reforma Social*, Nueva York-Habana.)

(*Concluye*. Véase la entrega anterior).

* *

La convención para el establecimiento de comisiones internacionales de investigación, simplemente refunde en una sola las convenciones que con el mismo objeto de comisiones de investigación existían individualmente desde 1913 entre cada una de las cinco repúblicas y los Estados Unidos. Estos son los célebres tratados de Bryan, firmados con treinta naciones. Su texto, que es el mismo en todos los casos, ha sufrido en la refundición alteraciones que reducen su utilidad y beneficios y puede decirse que frustran por completo su objeto. Fuera de que las convenciones anteriores eran de carácter general y la singular en que quedan resumidas concretan su aplicación a cuestiones de hecho relativas a la falta de cumplimiento de las provisiones de cualquiera de los Tratados o Convenciones existentes entre las partes, se hace en el artículo primero la excepción entre estas cuestiones de las que no afecten la soberanía e independencia de las repúblicas signatarias ni su honor ni sus intereses vitales, con lo cual quedan a salvo las cuestiones promovidas por el tratado Bryan-Chamorro y todas las cuestiones planteadas por la situación de Nicaragua bajo la intervención y la protección de Washington.

El plan de Bryan en estas convenciones respondía a una sincera aspiración de paz y a un sincero esfuerzo por la paz. No hacía de consiguiente excepciones y abrazaba indistintamente y deliberadamente todas las cuestiones que pudieran surgir entre las partes contratantes originando una controversia que la diplomacia no pudiera solucionar. «Las altas partes contratantes», dice el artículo primero, «convienen en que todas las disputas entre ellas, de *cualquiera naturaleza que fueren*, que la diplomacia no pudiere arreglar, serán sometidas para su investigación e informe a una Comisión Internacional,» etc.

La convención para el establecimiento de un tribunal internacional centroamericano, que substituye, en los trabajos de la Conferencia, a la Corte de Justicia, inmolada por el imperialismo de Washington, contiene esta misma restricción de arbitraje, propia de los tiempos y las teorías del Kaiser alemán y de Roosevelt, proscrita hoy de todos los tratados de arbitraje entre países genuinamente amigos de la paz y la justicia, y repudiada por la opinión unánime del mundo civilizado como un pérfido arbitrio para matener viva la barbarie de las soluciones de fuerza.

El artículo primero de este avieso substituto de la Corte Centroamericana de Justicia, aunque en su primera parte estipula que se someterán al Tribunal Internacional que la Convención establece, «todas las controversias que existen actualmente (entre las partes) o que puedan sobrevenir, de cualquiera naturaleza que sean y cualquiera que sea su orígen, en el caso de que no hubiesen podido llegar a un avenimiento diplomático ni convinieren en otra forma de arbitraje, ni estuvieren de acuerdo en someter dichas cuestiones o controversias a la decisión de otro tribunal», destruye en seguida la total amplitud de esta jurisdicción pautando en la parte final del mismo artículo que: «No podrán, sin embargo, ser objeto de arbitraje ni de demanda las cuestiones o controversias que afecten la existencia soberana e independiente de cualquiera de las Repúblicas signatarias.»

¿Qué cuestiones de honor ni de intereses vitales, ni

de soberanía o independencia pueden existir u ocurrir entre países que no son fragmentos de una misma entidad, miembros de un mismo cuerpo, partes de un solo todo, y que no existen sino para el sueño de la reconstitución de la unidad nacional como una sola ribera en la ansiedad del peligro extranjero, del peligro cada vez más próximo, más audaz y más aterrador de los Estados Unidos? ¿No es un sarcasmo insufrible que se hable de existencia soberana e independiente y de cuestiones de honor e intereses vitales, en esta forma y en estas circunstancias, tratándose de gobiernos que han abdicado ante Washington su soberanía, su independencia, su honor y sus intereses vitales y a quienes Washington maneja como muñecos mecánicos?

Lo que estas absurdas y desvergonzadas excepciones y salvedades en estos tratados significan en buena lógica es que subsiste el recurso y el azote de la guerra entre los países centroamericanos, que los tratados dejan de par en par abiertas las puertas de la barbarie militar como árbitro verdadero, final y definitivo en las relaciones políticas de los países centroamericanos entre sí. Pero en los enredos del imperialismo la lógica es mentira como todo. Con estas limitaciones y sin ellas no habrá guerra en Centro América mientras no esté en los intereses de Washington que haya allí guerra, como hubo guerra en Nicaragua en 1910 porque convenía a Washington que la hubiera, y la hubo con el apoyo de Washington y de algún país centroamericano cómplice de Washington, como Guatemala; y con estos tratados y sin ellos la sola verdad es que Washington es el real y verdadero árbitro de la paz y de la guerra en Centro América. Como en la Convención para el establecimiento de tribunales de investigación, las excepciones del artículo primero en la jurisdicción arbitral del Tribunal Internacional que entierra a la difunta Corte de Justicia Centroamericana, no tienen más explicación que el celo con que Washington guarda sus intereses imperialistas adquiridos en Nicaragua por medio de la intervención, la invasión y la traición.

No valía la pena de matar la Corte de Justicia y darle un substituto, si por esta descarada operación del imperialismo no quedara eliminada en absoluto toda posibilidad de una repetición de la historia. El imperialismo de Washington no quiere más conflictos legales o jurídicos en Centro América, después de su desastrosa experiencia con la Corte de Justicia; y para tener las manos libres y asegurar la completa irresponsabilidad de sus desmanes, sus atentados y sus crímenes en aquella región, ha reunido en la capital del imperio esta conferencia de borregos oficiales centroamericanos y les ha hecho firmar estos tratados que protejen contra toda acción judicial o legal el pacto de los bandidos de Granada con los filibusteros de Washington, conocido con el nombre de tratado Bryan-Chamorro, y priva de toda arma moral o legal de defensa o reivindicación a las futuras víctimas del imperialismo en casos como el de Nicaragua o de otra índole cualquiera.

* *

No somos fetichistas de la Corte de Justicia Centroamericana creada por los tratados de 1907. Comprendemos y reconocemos los defectos e inconvenientes de que probó adolecer en la práctica esta institución en su organización. La mente de los creadores de la Corte fué la constitución de un tribunal independiente de los cinco gobiernos y con jurisdicción sobre estos gobiernos. Los miembros de la Corte eran nombrados por el Poder Legislativo de cada Estado. Pero en la práctica no pudo conseguirse en todos los casos que los jueces obraran como jueces y no como representantes de sus respectivos gobiernos, a pesar de que, con sabia previsión, la Convención que estableció la Corte decía en su artículo trece: «La Corte Centroamericana de Justicia representa la conciencia nacional de Centro América, y de consiguiente los jueces que componen el Tribunal no se considerarán impedidos de desempeñar sus funciones por el interés que las repúblicas a que deben su nombramiento tenga en algún caso o cuestión.»

En su obra, *The Five Republics of Central America* (New York, Oxford University Press, 1918) Dana G. Munro, dice (pa. 222 23): «En la decisión de la demanda de Honduras y Nicaragua contra Guatemala y El Salvador en 1908, cuatro de los jueces de los cuatro Estados interesados votaron... del lado del país que los había nombrado. La creencia general de que el dictado de los gobiernos interesados más bien que los hechos evidenciados en el proceso, había determinado la decisión de esta cuestión, perjudicó a la Corte y contribuyó mucho a privarla de la confianza pública. Su independencia sufrió otro grave golpe como resultado de su acción en otra cuestión tres años después de la revolución en Nicaragua. El Gobierno que sucedió a Zelaya suspendió el pago de las sumas con que debía contribuir al sostenimiento de la Corte, en la que aún actuaba el juez nombrado por la anterior administración. Los sueldos de los jueces, según la convención que fundó el tribunal, debían ser abonados por el tesoro de éste, formado por un fondo general con la contribución de todos los Estados. De este modo la Conferencia había esperado establecer la independencia financiera de los jueces respecto a sus gobiernos... pero la repulsa de Nicaragua a pagar su cuota fué considerada como equivalente al retiro del sueldo de su juez, que fué así forzado a separarse temporalmente de la Corte, y este cuerpo, en lugar de convocar al suplente conforme a la constitución, admitió a un nuevo Magistrado nombrado por el Gobierno conservador de Nicaragua. Este acto desilusionó por completo a los que habían esperado que la Corte estaría por encima de los partidos políticos y sería independiente de presión exterior, pues estableció la dependencia de los jueces respecto a los gobiernos que los nombraban y constituyó un reconocimiento por el Tribunal mismo del hecho de que sus miembros eran representantes de la administración en el poder en sus respectivos países antes que magistrados cuyo término estaba asegurado contra cambios políticos por el período legal».

Este mal, como se ve, no era inherente, sino que provenía de los hombres y de la desgraciada condición humana. Sería remediable si el nombramiento por cada gobierno no se hiciera sino en juristas eminentes completamente ajenos a la política y a las luchas de los partidos en cada país. Pero con reformar la organización de la Corte de modo que ninguno de los miembros de ella pudiera considerarse en ninguna forma representante de su gobierno o de su país, sino simplemente juez, habría bastado para salvar este escollo en que se ha roto el propósito esencial de la independencia de los jueces respecto a sus gobiernos.

La Corte de Justicia prestó dos grandes e ilustres servicios a Centro América. Su intervención en 1908 evitó la guerra entre Honduras y Nicaragua por una parte y Guatemala y El Salvador por la otra. La referencia del conflicto a la Corte fué sin disputa un espléndido triunfo de los autores del pensamiento de la Corte, que en esta decisiva ocasión, la primera después de su creación, justificó plenamente su existencia. Si la decisión judicial cuanto a la responsabilidad de El Salvador y Guatemala riñó con la expectación pública, ello no menoscaba la importancia del servicio que la Corte prestó a Centro América evitando la guerra.

Las decisiones de la Corte en las demandas de Costa Rica y El Salvador contra Nicaragua por el tratado Bryan-Chamorro, es otro grande e ilustre servicio pres-

tado por la Corte a la causa de Centro América, y del derecho y la justicia. Este servicio le costó la vida, pero murió gloriosamente, y si Centro América despierta algún día a las grandes y tremendas realidades de su situación bajo la agresiva actividad del imperialismo de Washington, que tiene allí su más grande centro de acción, y cobra el valor y encuentra la inteligencia de defender sus propios intereses y manejar sus propios destinos por sí sola y por sí misma, independientemente de Washington, un día llegará en que la Corte de Justicia, que es el fénix de los tratados de 1907, renazca como el fénix de sus cenizas.

La Corte era sobre todo un símbolo de la unidad centroamericana, hoy rota por la intervención de los Estados Unidos en Nicaragua y es asombroso que los gobiernos y los pueblos de Centro América no comprendan que con la caída de estas instituciones, a cuyo entierro ellos han cooperado ahora en Washington, ha desaparecido, por un vandálico golpe del imperialismo, la única representación viviente de la cohesión nacional centroamericana y del ideal común de patria.

La Corte fué concebida con la visión y la presencia de esta unidad centroamericana, como una cosa anterior y superior a todo lo existente en Centro América. Por esto la concepción de la Corte es la de un poder supremo, más alto que los gobiernos que la constituyen, con jurisdicción sobre sus soberanías, porque es la suprema soberanía de Centro América, como un todo, como una unidad, como una entidad, lo que ella representaba y preservaba.

El Tribunal Internacional que reemplaza a la Corte sigue la nueva Convención, es simplemente un tribunal arbitral, en realidad nominal por las restricciones de su jurisdicción. No es permanente como la Corte, no podrán como ante ésta apelar ante él los ciudadanos contra los gobiernos en casos de carácter internacional, agotados los recursos judiciales ordinarios o cuando haya habido denegación de justicia, lo cual crea otro gran factor de paz, porque hacía innecesaria la intervención diplomática.

La Corte Centroamericana de Justicia era una institución irreemplazable. Sobre su tumba abierta por el imperialismo de Washington, y cerrada ahora en Washington por el imperialismo en colaboración con los mismos en contra de cuyos intereses más caros se ha cometido este crimen, pueden llorar los pueblos de Centro-América la creciente extinción de la luz en sus dominios y la creciente agonía de su libertad.

JACINTO LÓPEZ

47, West 42
New York, City,
U. S. A.

El primer diente

La página de 5 de julio de 1924 en el Diario de mi hijo JORGE EDUARDO.

Mira, canario orgulloso;
mira, flor alada y riente;
has de saber que mi niño
ya tiene un diente, ya tiene un diente.

A ti te importa saberlo
porque él te ha imitado el trino
y ahora que tiene un diente
su trino será divino.

Una amiga cariñosa
me le dió la gargantilla
de marfil muy blanco y fuerte
que como el diente le brilla.

Y ahora sí, mi canario;
ven canta dentro de mi alma,
que una sonrisa del niño
ennoblecerá tu fama.

Una sonrisa, Dios mío,
qué mayor premio, ¿lo entiendes?
Hoy que sabe sonreír
porque ya tiene su diente.

SALVADOR UMAÑA.

Heredia, Costa Rica.

Naciones sin ideales

Un diario español juzga que el mayor mal de la España actual es la falta de ideales, y agrega que todos los esfuerzos que se hagan, todas las juntas y comisiones patrióticas que se pongan en actividad, tropezarán contra un obstáculo invencible: el escepticismo, la falta de fe que ha corroído el alma del pueblo, que en otros tiempos estuviera animada por un heroísmo sin límites.

Como en otras muchas cosas, somos idénticos a España en este aspecto de la falta de ideales. El pesimismo y la carencia absoluta de ese espíritu patriótico, que mueve a los hijos de otras naciones y les lleva a realizar grandes hazañas, son nuestra única norma. Abundamos en el estéril espíritu crítico, y no poseemos ni un adarme de espíritu constructivo. Todo nos parece malo, y no pensamos que si malo es, de ello, nosotros, y sólo nosotros tenemos la culpa. De aquí que nuestro progreso haya resultado un verdadero calvario, por el cual ascendemos lenta y penosamente, llevando a cuestas la cruz de nuestra propia impotencia. Todo esto depende sin duda de vicios fundamentales de educación. Se nos enseña el patriotismo muerto en los libros de texto; pero no se logra inculcar en el alma nacional ese culto fervoroso y ardiente de la Patria, hecho de fe, de entusiasmo, de abnegación y de sacrificio. Ojalá las nuevas generaciones puedan adquirir ese hondo sentimiento de la nacionalidad, sin el cual no hay pueblos grandes.

(*El Tiempo*, Bogotá).

Del Valle

(De *Nosotros*, Buenos Aires)

[Solemnemente ha sido inaugurada en estos días (1) en Palermo la estatua de Aristóbulo del Valle, y con tal motivo las autoridades, el pueblo y la prensa han rendido al ilustre tribuno y luchador un merecido homenaje. Ninguna nueva palabra podíamos agregar a las muy justas que se han pronunciado y escrito en la circunstancia; por eso, hemos preferido reproducir aquí, traduciéndolo del francés, creemos que por primera vez, el artículo en que Paul Groussac, hace treinta años, el 28 de Marzo de 1895, esbozaba, en *Le Courrier Français*, la fisonomía simpática del orador, aunque sin disimular sus defectos, al contrario, señalándolos con un alto fin educativo que aun hoy día tiene valor de actualidad. No dudamos que nuestros lectores sabrán agradecernos que sustituyamos el obligado panegírico por la crítica culta y docente.—N. de la D. de *Nosotros*].

Los diarios no dejan de señalarnos dos o tres veces por semana, el éxito creciente de las conferencias oratorias nuevamente inauguradas en la Facultad de Derecho. Alrededor de la cátedra transformada en tribuna, se apretuja una muchedumbre entusiasta de estudiantes y sobre todo de aficionados más o menos esclarecidos. Como la moda se agrega al viejo amor criollo de la palabra, la sala siempre está llena; a muchos les está impedida la entrada. El aula austera es uno de los atractivos del momento, y a los extranjeros de paso por Buenos Aires se les invita a saborear una lección de Derecho Constitucional.

Apreciamos como ninguno el talento oratorio del doctor del Valle, a quien sinceramente tenemos hoy día por el primer orador argentino. Es lamentable, de todo punto de vista, que él no ocupe una banca en el Congreso, donde, no sólo su elocuencia y sus conocimientos generales, sino también su alta moralidad y su patriotismo, rendirían innegables servicios. Su sitio en el Congreso debiera ser implícitamente inamovible. Del Valle es de aquellos a quienes buscamos instintivamente allí y de quienes puede decirse, repitiendo el viejo dicho de Tácito, que, cuando faltan, «brillan por su ausencia».



Aristóbulo del Valle

Esto dicho, debemos deplorar que, habiendo aceptado una cátedra en la Facultad, no se haya defendido suficientemente contra sus gustos dominantes y sus cualidades *maitresses*. El ha creído que debía trasladar a la cátedra los procedimientos de la tribuna; ahora bien, la fría exposición y el análisis de los textos constitucionales son justamente antagónicos en las sonoridades oratorias. No hay un solo rasgo de elocuencia verbal en los cuarenta capítulos de los *Comentarios* de Story. Y, si se nos objetara que éste es un tratado didáctico, contestaríamos que lo mismo sucede con los cuatro volúmenes de Kent, los cuales son ciertamente lecciones orales, lecturas pronunciadas por él, profesor de derecho, ante los estudiantes del Columbia College.

Siempre domina el tono tranquilo y uniforme, sin estruendo teatral; es la explicación *terre á terre* de aquel que desea enseñar como maestro y no hacerse aplaudir como actor. Por lo demás, la tradición se ha conservado: nosotros mismos hemos podido certificarlo, así en la *Columbia University* de Washington, como en la de Harward, en Cambridge. Allí, por ejemplo, el sabio profesor Thayer ilustra un artículo de la Constitución con casos prácticos, sacados de sus recuerdos personales o de la práctica corriente de las instituciones; los estudiantes llevan revistas y diarios, piden permiso para interrumpir la exposición, discuten respetuosa y seriamente como hombres y *gentlemen*. El derecho es considerado en estas conferencias como el espíritu de la ley viviente y diaria, de ningún modo como un texto doctrinario y un tema de declamación.

Lo mismo ocurre en Europa. La *mise en scène* de Cousin o de Michelet está arrumbada junto con los accesorios de la era romántica. La evolución científica se ha hecho sentir en las escuelas y en los congresos. Ya no se quieren frases, se piden *statements of facts*; y la facilidad vulgar de la amplificación en los imitadores, ha disgustado de la propia facilidad de los maestros. El último profesor oratorio ha sido el pobre Caro; a causa de su hermoso lenguaje y de los éxitos logrados ante un auditorio mundano, no se ha querido ver en ese espíritu superior otra cosa que un filósofo para damas. ¡Desconfiad de la popularidad en las materias que no la comportan!

El gusto, simplemente, pudo advertir al señor Del Valle. ¿Cómo es que no ha puesto una especie de coquetería en evitar el éxito previsto, manifestándose precisamente bajo el aspecto que menos esperaba? En el Colegio de Francia y en la Escuela de Bellas Artes, los cursos menos «literarios» eran los de Renán y de Taine. Los dos mayores literatos de Europa no se salían de los textos y de las demostraciones técnicas, hechas a media voz, conversando, con las mil repeticiones y retoques de la conversación.

No afirmamos que nuestro profesor de derecho constitucional no llegue a tratar, durante el año, siquiera sea superficialmente, el programa de exámenes; pero lo cierto es que los estudiantes, suponiendo que tomen apuntes, por ellos no podrían guiarse, y en definitiva se prepararán bien o mal en el manual impreso. En cambio, tememos que aprendan, en el método puramente exterior de un maestro admirado, nuevas razones para caer del lado por donde más se inclinan, y para cultivar sus defectos naturales o adquiridos: el énfasis sonoro, la superficialidad frívola, la falta de información y de crítica,—la ausencia de personalidad.

No es posible que el señor Del Valle—y le pido perdón de mi insistencia—se disimule a sí mismo la indigencia actual del pensamiento argentino, así como el reblan-

(1) Sábado 19 de junio del año en curso.

(Pasa a la página 73).



=Del tomo *Lecturas Cubanas*, Habana, 1924. Al Dr. IRAIZOS, tantas gracias por el obsequio de este libro constructivo.=

Fué aquel viejo maestro, alto, enjuto, de cara angulosa, ojos vivos, mirada compasiva y penetrante, como un alto fanal, empinado sobre todas las conciencias de su época, para señalar la ruta del deber y del decoro colectivo en la noche tormentosa del coloniaje. Fué algo más que un hombre de vida santa y austera, íntegro, recto y ejemplar por su civismo. Fué algo más que un educador, de sólida y profunda cultura, que en el estado bochornoso de nuestra instrucción pública en la primera mitad del siglo pasado, introdujo nuevos métodos y procedimientos de enseñanza, y sacudió un poco el árbol carcomido de la escuela verbalista y escolástica. Fué algo más que un pensador, bien orientado en diversas doctrinas y sistemas filosóficos, autor de aforismos, que como granos de oro, pero granos al fin, resplandecen en su corta y dialéctica producción literaria.

Los que creemos en hombres providenciales, pensamos que don José de la Luz y Caballero por un designio oculto surgió en la época más crítica de la vida cubana para cumplir un deber altísimo, para ejercer una influencia tan decisiva, que sólo quien como él encarnó tan múltiples y valiosas cualidades, que sólo quien como él pudo unir a los privilegios de su talento, las bondades de su corazón, la firmeza de su voluntad y la integridad de su carácter, era capaz de erguirse, sobre un régimen de despotismo y de esclavitud, roído el espíritu público por todos los vicios y todas las concupiscencias para decir su palabra redentora y preparar las almas para la conquista del Derecho y el disfrute de la Libertad, que ya no podían obtenerse, sino por la abnegación y el sacrificio.

Luz y Caballero fué un sembrador sorprendente y magnífico.

Los largos bancos de su plantel, una vez que el tiempo ha transcurrido, apreciada totalmente su obra, parecen surcos abiertos en la misma conciencia del pueblo cubano, donde él dejó caer la simiente bendita. Apóstol de la verdad y de la justicia, abonó con su prédica constante y con el raudal de sus sentimientos, aquellas semillas de redención. Y cuando llegó la vendimia, la Patria recogió los frutos: toda una juventud entusiasmada y llena del Ideal, ocupó su puesto de honor en la Epopeya. El viejo Mentor, como el patriarca de la antigüedad que a través del desierto y de cuarenta años de vicisitudes condujera su pueblo hacia la tierra prometida, rindiéndose antes de ver terminada la jornada, así también sólo pudo vislumbrar en sus ensueños, en la sombra confusa e imprecisa que ofrecen los grandes acontecimientos cuando se acercan, el debate final que dejaría sentado el triunfo o la derrota de los dos principios supremos que alentaron tesoneramente su vida de lucha y su obra educativa: la abolición de la esclavitud de los negros y la libertad política de los blancos.

En Cuba nadie ha ejercido tan poderosa influencia como Luz y Caballero. Ni José Antonio Saco, a pesar de su larga penetración, sentido previsor y de sus excelentes dotes y facultades extraordinarias como político, escritor, polemista; ni Domingo Delmonte, cuya acción se intensificó más bien en las corrientes literarias de su época. Sin embargo: Luz y Caballero no era el tribuno que arrebataba las multitudes, ni el modelador de frases o expositor de conceptos, capaz de brillar en el libro o en el periódico. Su influencia fué personal. Su campo propio fué la Escuela. Su victoria, la victoria del Maestro. Modelo de ciudadano, afanábase siempre en el mejoramiento de las condiciones materiales y morales de su isla nativa, y nunca negaba su concurso a ninguna obra de beneficio general. Y sobre todo: en su colegio, *templando las almas para la vida*, enseñando con el ejemplo, desarrollando todos los factores espirituales, preparó un fruto mejor para la patria, sin decaer un solo instante su voluntad, que, como él mismo decía, era una fuerza motriz más enérgica que la corriente eléctrica y que el vapor; y sin perder nunca la fe, norte y luz de todos sus propósitos.

¡Poder incontrastable de las ideas! Luz y Caballero no era revolucionario: *daba al César, lo que era del César;* pero preparó con sus doctrinas la más bella de las revoluciones: aquella que aspira a investir los hombres con la dignidad del ciudadano y a proclamar los pueblos como dueños de sus destinos. Es vulgar ver un agitador provocando un tumulto y guiando una muchedumbre ciega. Se repiten en la Historia los caudillos que animan una sublevación con los vivos reflejos de su espada. Y es constante, en los anales de la Humanidad, observar los monarcas impulsivos que llevan su pueblo a la guerra dura y cruel, por móviles de conquista, ambición, soberbia o futilezas de familia. Pero que un maestro de escuela, pacífico y austero, sembrando en los pechos juveniles el amor a la tierra en que se nace, el deber de servirla en todas las ocasiones, la obligación severa de procurar su desarrollo y su progreso; y más que nada, infiltrando la devoción a la libertad y a la justicia, como un anhelo infinito, seguro de que no se duerme indiferente en el suelo de la ignominia, cuando el ambiente de la opresión exige que nos pongamos de pie; que este modesto preceptor, todo ternura y bondad, desde el rincón de su biblioteca, o desde la silla de su clase, con el ejemplo de su vida y con la palabra de su lección, poblara de héroes las selvas abruptas, de mártires las prisiones, y de misioneros los ásperos caminos del exilio, es algo sorprendente y maravilloso, que trae a la imaginación la figura de aquel otro hombre providencial, inmenso por su idea y por su sacrificio, y que la historia conoce con el grato nombre de Jesús de Nazaret. Los buenos sembradores brindan estos espléndidos acontecimientos y estas sublimes paradojas.

No ha necesitado la República tener un calendario cívico para erigir a Luz y Caballero como el santo patrón de su escuela laica. No sólo obliga a ello un devoto recuerdo de gratitud a nuestro Don Pepe; no sólo la significación de su obra en el mejoramiento de la instrucción pública en Cuba, sino que todo Luz Caballero, su pensamiento y su labor, su espíritu,—el espíritu que vivificó como un inextinguible foco de luz la magna empresa de «El Salvador», —continúa siendo fuente purísima e inagotable de inspiración y de amor, a donde acuden los que por su cariño a la niñez y a la escuela, piensan como él que la educación es un contrato con Dios y no con los hombres.

Cuando el Maestro advirtió la escasez de sus fuerzas físicas, la debilidad de su depauperado organismo y veía

cercano el fin de su tránsito por la vida material, pedía anheloso, trémulo, que no desapareciera de aquel Gran Colegio, su espíritu, su noble espíritu, armonioso y complejo, de mansedumbre y de rectitud, bienechor y abnegado. Es necesario que ese espíritu de Don Pepe ya que no en su Colegio, que las vicisitudes históricas cerraran, sino en todos los colegios de la República, sea el que flote y sea el que inspire nuestro magisterio, sea el presida nuestras escuelas públicas, sea el que robustezca nuestra personalidad en lo futuro.

Las semillas que sembró Don Pepe, germinaron y crecieron en la época adversa de nuestro pasado angustioso, y fueron regadas con sangre de valientes y con lágrimas de cubanas; pero ya que huyeron los años tristes de la redención, y ahora que los árboles fuertes y copudos de sus principios ofrecen la sombra amable, necesitamos, a su amparo, preparar el porvenir; necesitamos que el espíritu de Don Pepe resplandezca en las aulas de la patria redimida, para iluminar nuestro futuro. Sólo así podemos confiar en que la escuela consolide la República lograda.

Antonio Iraizos

Dragones, 104.
Habana. Cuba.

El desgraciado criminal

(De *La Voz*, Madrid).

Un interesantísimo estudio publicado en el último número de *World's Work*, de Nueva York, vuelve a poner en el primer plano de la atención científica gran parte de las teorías de César Lombroso, abandonadas por erróneas y excesivas hace ya tiempo. Como es natural, las afirmaciones del criminalista italiano no resurgen íntegras, sino corregidas, expurgadas y completadas por los trabajos que han precedido a su exhumación. Esos trabajos, iniciados y llevados a término por el juez Harry Olson, de Chicago, y por el doctor William J. Hickson, director del Laboratorio de Psicopatía de la misma ciudad, datan de veintisiete años, durante los cuales cuarenta mil casos fueron analizados científicamente. La conclusión de los dos investigadores, elevada al Gobierno de los Estados Unidos en un informe llamado a tener universal resonancia, dice que el delincuente es siempre un enfermo, un enfermo de congénita dolencia, cuyo diagnóstico y cuya curación son posibles.

El criminal nato se convierte en el enfermo nato. Y esta enfermedad, que poco a poco, como río de lava que fuese hondamente subterráneo hasta surgir de pronto en rojo hervor de delito, mina la existencia sin levantar sospechas ni aun en los más próximos, tiene su raíz específica en la parte baja del cerebro. Según los dos ilustres investigadores, la función cerebral se divide en dos partes: la producida por la parte alta, que rige los pensamientos y acciones de la inteligencia abstracta, es decir, desprovista de todo vínculo ético, y la parte básica, del cerebro, de donde dependen las sensaciones y los conceptos emocionales. Ignoramos si las palabras *alta* y *básica* están usadas en sentido físico o si se refieren a una elevación e inferioridad coexistentes en todos los ganglios cerebrales. La capacidad emotiva, independiente o divergente de la luz de la razón, sitúa al hombre con respecto no sólo del derecho, sino de las leyes intrínsecas en que se apoya la vida en común. Este funcionamiento defectuoso de una de las partes del cerebro engendra instintos, impulsos, modos de sentir y de proceder, sobre los que la otra parte no tiene autoridad ninguna. En los momentos en que la disociación de ambas es absoluta, surge el delito, desde el robo al crimen; y la inteligencia, por alta y luminosa que sea, luce en el ladrón o el asesino a modo de una llama estéril. La nueva teoría que vulnera desde luego el concepto de libre albedrío, explica por completo esos casos de hombres superiores en quienes el entendimiento sólo sirve para alumbrar los caminos de la perversidad. El bruto, el ignorante en quien la «parte emocional y afectiva» del cerebro esté sana será para la sociedad un miembro oscuro y bueno; el sabio, el genio cuya parte ética esté dañada constituirá para los hombres un peligro brillante, contra el cual será preciso defenderse. He aquí la conclusión sintética.

Algunas de las fichas citadas en el estudio de referencia—el primero de una serie—revelan el rigor científico con que han sido hechas. El caso del ex-gobernador Mac Cray, hoy en presidio, hombre rico, de alta jerarquía política, que sin necesidad aparente emprendió numerosas estafas, es el que mejor demuestra aquello en que la teoría del doctor Hickson y el juez Olson difiere de la lombrosiana. Un paralelo entre otras dos fichas, la de un asesino de bestialidad impresa en las facciones—el criminal tipo de Lombroso—y la de Warren J. Lincoln, matador de su esposa, cuya responsabilidad emotiva arroja un índice de cero, y cuya inteligencia y cultura resplandecen en su frente alta, en el lucido mirar y hasta en las facciones armoniosas, impresiona y hace pensar en anomalías hasta hoy no explicadas satisfactoriamente. Los medios que los dos criminalistas proponen para averiguar desde la infancia el estado de esa parte en que, a despecho del talento y de la educación, radican los destinos sociales del individuo, están emparentados con los procedimientos usuales de la psicología experimental, y todos son eficaces e ingeniosísimos. Uno de ellos consiste en decir ante el sujeto palabras aisladas, a las cuales tiene que añadir en el menor tiempo posible otras; las palabras matrices se eligen entre las capaces de ser adjetivadas o complementadas con vocablos reveladores de una tendencia hacia el bien o hacia el mal. (Por ejemplo: *cuchillo*, *incendio*, *tesoro*, *enemigo;* respuestas: *mueble* o *muerto*, *bombero* o *huída*, *rabo* o *trabajo*, *perdón* o *paliza*). Experimentos sucesivos en los que todo lo fortuito se elimine van revelando la brújula emocional y permiten al preceptor sacar de lo subconsciente la dolencia y proceder, de acuerdo con el enfermo, a su cura. «En dos generaciones—dicen los señores Olson e Hickson— podría hacerse desaparecer el crimen de la tierra. Bastaría para ello la creación de sanatorios apropiados. Cuando la parte baja y la parte alta del cerebro se equilibren, el hombre desterrará de sus posibilidades de acción el delito, porque será la única que, en vez de acercarlo, lo aleje de la felicidad, meta indudable de todo ser humano».

Sin duda, parecen hoy demasiado optimistas estas esperanzas; y las conclusiones, expuestas someramente en un artículo, levantarán objeciones fáciles. No obstante, el esfuerzo de dos hombres de alma filantrópica, inteligentes, minuciosos y colocados en el mejor medio para comprobar la veracidad o el error de sus teorías, debe retener a los improvisadores. Sea cual sea su porvenir científico, la labor de los dos criminalistas americanos merece gratitud. Ha de evolucionar, sin duda, el Derecho penal, que ya hoy, en cuanto se considera con mirada antitradicional y efusiva, aparece en muchos respectos monstruoso. Quién sabe si pasados unos cuantos lustros—decía hace poco en magnífico artículo el Sr. Gómez de Baquero—las sanciones de hoy parezcan lo que las torturas inquisitoriales nos parecen. Si llega a probarse que todo delito procede de una enfermedad, sobre el honor de tantos inventos de orden material que apenas modifican parte del dinamismo de la vida humana caerá sobre esta civilización el vilipendio de haber sido cruel, secuestrando

de la existencia, cuando no privándolos de ella con aparato de venganza casi sádico, a los más graves de sus enfermos.

A. HERNÁNDEZ CATA

Del Valle...

(Viene de la página 72).

decimiento funesto de las conciencias y las voluntades. Si las generaciones que ocupan la escena ya no tienen tiempo para reaccionar, no es imposible mejorar la juventud, relativamente maleable y dócil. Es preciso rehacer la entera educación de la juventud, comenzando por corregir esas mentes jóvenes que formarán mañana la clase enseñante y dirigente del país. Ahora bien, la sola propaganda eficaz es el ejemplo: las fórmulas de nada sirven.

Sin atribuir a la elocuencia todo el valor que la gente le da, no caeremos en el exceso contrario de algunos grandes espíritus, como Bismarck y Carlyle, que la tratan con supremo desdén y la ponen inmediatamente por encima de la nada. La razón de ello, a nuestro juicio, reside en que el puro orador, el mercader de frases vacías y de clisés hinchados, el *cymbalum tinniens*, que no es más que eso, felizmente es una excepción en la vida pública,—hasta bajo el reinado de los políticos! Uno se vuelve orador por oficio y ocasión, sin dejar por eso de ser inteligente y capaz de cosas últiles. No es el señor Del Valle quien podría desmentirnos.

Pero la educación oratoria es la más vana y estéril de las disciplinas intelectuales, pues consiste precisamente en escamotear las dificultades, en disimular lo que las cosas, las leyes de la naturaleza y las relaciones entre los acontecimientos tienen de complejo e incierto. La elocuencia, desde Aristóteles, es el arte de persuadir; ésta podría ser también la definición de la sugestión mental. Y es innegable que esta especie de soborno intelectual es lo contrario de la crítica científica y de la libre especulación. Pues bien, no se adquiere un real saber sino por medio de la apreciación original y el libre juicio,—vale decir por el esfuerzo personal. Uno no sabe bien sino lo que él mismo ha vuelto a encontrar, después de haber dudado de todo. La labor es incesante y penosa; pero sólo cuentan en el orden del pensamiento aquellas naciones donde los mejores trabajan infatigablemente con ese espíritu de fecundo escepticismo.

Esto es lo opuesto, pues, de la educación oratoria, la cual se encierra en estas palabras: superficialidad e improvisación. Es también la divisa de la prensa, y una y otra se equivalen en cada país, pues su acción es correlativa. El periodisia y el orador, con sus improvisaciones no persiguen otra cosa que el éxito inmediato y el efecto efímero. ¿Qué les importa la verdad? Sin duda es harto inútil hacer el proceso de la prensa todopoderosa: ella tiene su misión que cumplirá hasta el fin. Pero tenemos el deber de combatir el reinado de la frase en la alta educación, repitiendo que los pueblos que hablan, en vez de pensar y de obrar, no son más que los parásitos de la civilización: consumen y no producen.

PAUL GROUSSAC

Noticia.—Del Dr. Aristóbulo del Valle ha publicado «La Cultura Argentina», de Buenos Aires, estos dos libros:
Oraciones Magistrales y *Discursos Políticos*, en formato mayor.

El patrono de América

(De *El Sol*, Madrid).

ANTES de retirar al agente diplomático de Inglaterra en Méjico, Mr. Cummins, justificadamente ingrato al Gobierno mejicano, Mc Donald ha tratado el caso con Estados Unidos, porque, según ha dicho en la Cámara de los Comunes, Inglaterra tiene que proceder en Méjico de acuerdo con el Gobierno norteamericano. Lo primero que debe entenderse en estas palabras es que Inglaterra, aun bajo el Gobierno laborista, acepta el patronaje de Estados Unidos, no sólo sobre Méjico, sino sobre toda la América. El incidente en sí, visto nada más que en la expulsión de Mr. Cummins, tiene, en realidad, muy poca importancia. Tal vez la excesiva prudencia de las autoridades mejicanas le ha dilatado extraordinariamente. Cuando los revolucionarios rusos se encontraron en el mismo trance ante la Embajada inglesa, no tuvieron la paciencia de negociarlo durante dos semanas, y aunque los guardias rojos mataron al agregado naval en el propio local de la Embajada, cuatro años después el Gobierno de los Soviets ha sido incondicionalmente reconocido por Inglaterra. La inviolabilidad diplomática es uno de los convencionalismos más artificiales. Sobre todo, en los períodos revolucionarios, cuando los agentes diplomáticos se convierten en agentes de la reacción.

Pero lo que sí tiene importancia es el reconocimiento, en cualquier modo, del tutelaje de Estados Unidos sobre América. Los pequeños países americanos, claro es, podrían, a pesar de las palabras de Mc Donald, afirmar su personalidad en el mundo y reírse del patronato teórico de los Estados Unidos. Sólo que para esto sería necesario que tuvieran conciencia de su personalidad y de su independencia, y lo cierto es que muchos de ellos no la tienen todavía. El que Inglaterra crea que sus negocios americanos debe tratarlos con Estados Unidos es la mejor prueba de la debilidad con que la América española se destaca en el conjunto universal. No importa que algunas minorías se esfuercen por crear, un poco artificiosamente, la personalidad hispano americana contra la anglo americana. Al mundo le impresiona más, en todo caso, el esfuerzo de las otras minorías, dueñas de los Gobiernos y entregadas en cuerpo y alma al servicio de los Estados Unidos.

Yo lo he dicho en una conversación pública con Blanco-Fombona: Los mejores agentes del imperialismo yanqui en Hispanoamérica son hispanoamericanos. Ahora mismo tenemos un buen ejemplo en Honduras. Hace cinco meses, desde el 6 de febrero, los generales Carías y Ferrera, descontentos del resultado de las elecciones presidenciales, están en armas contra el Gobierno del general Gutiérrez. Naturalmente, apenas se produjo la sublevación, el Gobierno yanqui envió a Honduras un destróyer y un crucero, y pocos días después, el 1º de marzo, los marinos norteamericanos desembarcaron para «proteger la vida y la propiedad». Para defenderlas tuvieron que combatir, el 4 de marzo, en La Ceiba, con los federales, obligándolos a retirarse; pero esto no impidió que los rebeldes tomaran «pacíficamente» la ciudad. El 5 de marzo, el *Denver* fué enviado a Tela, y el 13 los rebeldes tomaron el puerto, precedidos, desde luego, por un destacamento de tropas yanquis. Hoy se anuncia la inminente captura de Tegucigalpa. Ciento sesenta y siete soldados y nueve oficiales yanquis han ido a «proteger los intereses norteamericanos». Entre tanto, los diarios de Nueva York anuncian «desórdenes en Tegucigalpa, fuego en la Legación de Estados Unidos, la ley suprema del desorden». Aquí sabemos que estas noticias van por telegrafía inalámbrica del crucero *Milwaukee*.

Pero es posible que ni las noticias pudieran trasmitirse, ni los soldados desembarcar, sin la cooperación de aquellos generales.

Don Baldomero Sanín Cano se sorprendía en estas mismas columnas, meses atrás, de la indiferencia hispanoamericana cuando el secretario Hughes dijo que Estados Unidos tenía que intervenir en todos los proyectos que se intentaran en América para unir el Atlántico con el Pacífico [1]. Sin embargo, en enero último, el secretario Hughes ha dicho que los Estados Unidos no permitirán más revoluciones en la América latina— *We will permit no more revolutions in Latin America*—; y, aunque Hughes no hable de las revoluciones como la de Honduras, los Gobiernos de la «América latina» se han quedado tan tranquilos. Esto explica por qué Inglaterra, antes de tratar con países americanos, trata con Estados Unidos.

CÉSAR FALCON

Londres.

Los estudiantes de Bolívar y el Gobierno mexicano

RESOLUCIÓN número 16, por la cual se da un voto de aplauso.

La primera Asamblea de estudiantes de Bolívar,

CONSIDERANDO:

Que el actual Gobierno de México, fiel a las tradiciones de decoro y altivez, patrimonio de la raza mexicana, ha sabido, ahora como antes, hacer respetar el nombre latino, tomando ante el Gobierno de la Gran Bretaña el camino que la dignidad indicaba;

Que el Gobierno de México ha tratado por cuantos medios han estado a su alcance de dar vida a los verdaderos ideales de fraternidad entre los pueblos indo-latinos, y que en persecución de tan elevados fines llama a su país y los recibe con muestras de singulares consideraciones a los representantes de la intelectualidad de los demás países de su raza, o envía a ellos a sus más eminentes hombres de ciencia o de letras, a su juventud estudiosa o a sus gallardos marinos para afianzar en el espíritu de la raza los sentimientos de su tradición heroica, abnegada y caballerosa;

Que la *Confederación Nacional de Estudiantes de México*, dando una muestra de especial deferencia para los estudiantes de Colombia, ha nombrado una comisión de su seno para que visite nuestro país, a fin de establecer una comunión de ideas entre la juventud estudiosa de ambos países, y

Que es un deber de la juventud fomentar los ideales de la raza; apoyar las prácticas de la dignidad y del decoro; sostener al débil contra el fuerte; predicar la justicia y la equidad y defender con empeño la integridad y respeto a la soberanía de las naciones hermanas,

RESUELVE:

1º Dar un voto de aplauso al Gobierno de México por su resuelta y levantada actitud ante el gobierno inglés.

2º Presentar a la juventud mexicana un saludo de verdadera solidaridad entre ella y la juventud de este Departamento de la República de Colombia.

3º Comunicar esta resolución a Su Excelencia don Juan de Urquidi, Ministro Plenipotenciario de México en Colombia, y al señor Cónsul de México en Cartagena, para que por conducto de ellos se transmita esta resolución al Gobierno de México.

4º Copia de esta resolución se enviará a las asociaciones de estudiantes y a toda la prensa del país.

Dada en Cartagena de Colombia a los veintiocho días del mes de junio del año de 1924.

El Presidente,

DIMAS BADEL.

(*El Tiempo*. Bogotá).

Margaritas blancas

En la inmensa llanura
tapizada de grama
alzan su faz de nieve
las margaritas blancas.

Es como si en la tierra
sobre un cielo de hierbas
ofrecieran su clara
sonrisa las estrellas,

O como si la tierra
—a falta de palabras—
nos hablara con flores
revestidas de gracia,

Da una impresión de vida
la faz de la pradera:
hablan las margaritas
en nombre de la tierra.

Se azucaran los ojos;
se nos agranda el alma;
nos hablan de misterios
las margaritas blancas.

Pasa una brisa loca
besando las corolas;
las suaves plantas danzan,
como en el mar las olas.

La brisa trae el mensaje
de paz de las alturas,
y lo echa en los encajes
de plácida blancura

que fabrican las hadas
con las flores menudas.
El campo es un océano
coronado de espumas.

Pasan las golondrinas
saludando las flores,
luego los colibríes
de brillantes colores.

Riega el sol en la tierra
su luz amiga y blanda.
¡Hay un temblor de estrellas en el campo
y un temblor de placer en nuestras almas!

MARCO TULIO SALAZAR

Barba, Set. 1924.

(1) Véase la carta vigilante de Sanín Cano en el tomo 7, p. 305 del *Repertorio Americano*.



LA EDAD DE ORO

53.—Los libros.

Si mi memoria no me traiciona, al final de aquel verano ocurrió un suceso que tuvo decisiva influencia en la orientación de mis futuros gustos literarios y artísticos.

Debo consignar que en mi casa no se consentían libros de recreo. Ciertamente mi padre tenía algunas obras de entretenimiento, pero las substraía, como mortal veneno, a nuestra insana curiosidad, pues, en su sentir, no debían los jóvenes distraer la imaginación con lecturas frívolas. A pesar de la prohibición, mi madre, a hurtadillas y como premio a nuestra aplicación y docilidad, nos consentía leer alguna novelilla romántica que guardaba en el fondo del baúl desde sus tiempos de soltera. Eran, lo recuerdo: *El solitario del monte salvaje*, *La extranjera*, *La caña de Balzac*, *Catalina Howard*, *Genoveva de Brabante* y algunas otras cuyos títulos y autores se han borrado de mi memoria. Ocioso es decir que tanto mis hermanos como yo las leímos entusiasmados, de un tirón, a hurtadillas de la vigilancia paterna. Fuera de las citadas novelas, mis lecturas recreativas se habían reducido, hasta entonces, a algunas poesías de Espronceda, de quien era yo ardiente admirador, y a cierta colección de romances clásicos e historias de caballería andante, que por aquellos tiempos vendían a cuatro cuartos los ciegos y los tenderos de estampas, aleluyas y objetos de escritorio.

Tan escaso pasto intelectual no bastaba a mi ansia de lances arriesgados y narraciones maravillosas. Imaginaba, además, que debía haber algo mucho mejor, porque oyendo a las personas mayores noté que celebraban las amenas y entretenidas novelas de los escritores románticos entonces en boga. Naturalmente estaba deseoso de saborear esos prodigios de la imaginación humana, pero las personas del pueblo dueñas de aquellas obras se hubieran guardado bien de prestarlas a un muchacho. Estaba condenado a ignorar quién sabe hasta cuándo, las más altas y sublimes creaciones de la fantasía novelesca.

Pero la casualidad se hace muchas veces cómplice de nuestros malos deseos. Un día, explorando mis resbaladizos dominios de tejas arriba me asomé a la ventana de un desván del vecino confitero y contemplé con deliciosa sorpresa, al lado de trastos viejos y de algunos cañizos, cubiertos con dulces y frutas secas, copiosa y variadísima colección de novelas, versos, historias y relatos de viajes. Allí estaban, tentando mi ardiente curiosidad, todas las obras que había oído nombrar y celebrar y muchas otras admirables cuya existencia no sospechaba siquiera. Bien se echaba de ver que el confitero era hombre de gusto y que no cifraba solamente su ventura en fabricar caramelos y pasteles.

Ante tan feliz acontecimiento quedé lleno de emoción durante algunos minutos. Pasada la sorpresa y decidido a aprovecharme de mi buena fortuna, me puse a pensar cómo explotaría aquel inestimable tesoro, evitando las sospechas del dueño y las huellas de mis pasos por el desván. Por prudencia respeté, por el pronto, los exquisitos y apetecibles dulces del cañizo; porque si el pastelero echaba de menos sus peras y ciruelas confitadas, cerraría o enrejaría la ventana dejándome a la luna de Valencia. Tras mucho reflexionar decidí dar el primer golpe por la mañana temprano, durante el sueño de los inquilinos, y coger los libros codiciados de uno en uno, reponiendo cada volumen en el mismo lugar de la anaquelería.

Gracias a tales precauciones, a mi serenidad y buena estrella, saboreé, libre de sobresaltos, las obras más interesantes de la biblioteca, sin que el buen repostero se percatara del abuso y sin que mis padres sorprendieran mis ausencias del palomar.

¡Quién sería capaz de encarecer lo que yo gocé con aquellas sabrosísimas lecturas! Tan entusiasmado y alegre estaba que me olvidaba de todas las vulgares necesidades de la vida material. ¡Cuántas exquisitas sensaciones de arte me trajeron aquellas admirables novelas! ¡Qué de interesantes tipos humanos me revelaron! Verdad es que casi todas las novelas devoradas por entonces pertenecían a la escuela romántica, a la sazón en boga, cuyos héroes parecen creados expresamente para encantar a la juventud, siempre sedienta de lances extraordinarios y de aventuras maravillosas.

Al fin, aunque por medios incorrectos, trabé conocimiento con estos héroes, hijos de la fantaría, seres soberbios y magníficos, todo voluntad y energía, vibrantes de pasión más que humana.

Me asombré al mismo tiempo del poder casi divino del poeta y el novelista que, sin más recurso que la palabra escrita, evocan en el lector representaciones de tal modo vivas, coloreadas y conmovedoras, que en su comparación la realidad misma parece pálida y borrosa imagen.

ROBINSON Y DON QUIJOTE

Difícil me será señalar hoy, pasados tantos años, cuáles fueron los libros que me impresionaron más hondamente. Creo que no me aparto de la verdad al decir que me conmovieron las obras esencialmente románticas.

Pero al hablar de mis primeras lecturas quisiera decir algo de la impresión que me causaron el *Robinsón* y *Don Quijote*.

El Robinsón Crusoe (que volví a leer mas adelante con verdadero deleite) me reveló el soberano poder del hombre enfrente de la naturaleza. Lo que más me impresionó fué el noble orgullo de quien por su propio esfuerzo descubre una isla salvaje llena de peligros, capaz de transformarse, gracias a los milagros de la voluntad y del trabajo inteligente, en un delicioso paraíso. «¡Qué triunfo soberano debe ser—pensaba yo—explorar una tierra virgen, contemplar paisajes nunca vistos por otros, con su flora y fauna originales, que parecen creados expresamente para el descubridor como premio a su heroísmo!»

En mi entusiasmo por el individualismo casi sentía que mi héroe hubiera logrado evadirse del islote para volver a su amada patria. Hubiera preferido que le hubiera sorprendido la muerte en su misterioso retiro. «¡Ahí es nada tener por sepulcro la isla perdida en las brumas del Océano; por epitafio un nombre repetido eternamente por los vocingleros papagayos, y por panegírico la transformación inteligente de plantas y animales y la destrucción de fieras y alimañas!» Tales eran, poco más o menos, mis infantiles desvaríos.

Aunque no podía apreciar en su altísimo valor la inestimable joya de Cervantes, también gocé mucho le-

yendo las épicas aventuras de Don Quijote y los sabrosos coloquios de caballero y escudero. Pero debo declarar que me llegaba al alma lo malparado que el esforzado caballero quedaba en casi todos sus lances y aventuras. Además, aquellla melancólica derrota de Barcelona a manos del prosáico y ramplón Sansón Carrasco me produjo viva decepción. Y mi desconsuelo llegaba al límite al ver cómo el loco sublime terminaba en cuerdo.

Claro está que yo no penetraba bien la idea genial de Cervantes, que había pretendido desterrar las locuras y disparates de las novelas caballerescas para fundar el arte sobre la realidad con toda su fuerza y su hermosuaa. Sólo más tarde aprendí a gustar del espíritu del libro y a apreciar plenamente tan maravillosa obra de arte.

RAMÓN Y CAJAL

(La infancia de Ramón y Cajal contada por él mismo).

54.—Epigramas

—¿Dónde está, qué señas tiene
el pueblo que me ha nombrado?
Preguntaba un diputado
de aquellos de *por conviene.*
¿Qué importa eso? digo yo,
con tal que sus dietas goce:
tampoco a él lo conoce
el pueblo que lo nombró!

Tiene un librito un mandón
en una urna y de hito en hito
lo observa y mira; el librito
es nuestra Constitución.
Nunca abrió el librito aquel;
y así digo sin reserva
que nadie guarda y observa
la Constitución como él.

Ya el empleo apetecido
logras y te felicitas,
al Ministro lo has debido.
¿Qué es lo que has hecho? - Visitas.

De cierta murmuradora
Gaspar a un sastre decía:
—Su lengua te serviría
de tijera cortadora.
Y él contesta:—A mí, Gaspar,
maldita cuenta me hiciera.
¿Por qué?—Porque esa tijera
muerde y destroza al cortar.

Queriendo Dios castigar
a una ciudad criminosa,
mandó a Lot que con su esposa
saliese de aquel lugar:
Mas a ésta le fué vedado
so pena de eterno enojo,
mirar, ni aun de rabo de ojo,
do ardía el pueblo incendiado.
La dura ley respetó
sólo un minuto por junto.
A los dos miró .. y al punto
allí en sal se convirtió.
Si cupiese suerte igual
a toda mujer curiosa,
no habría en el mundo cosa
más barata que la sal.

FRCO. ACUÑA DE FIGUEROA

—Qué es el honor, Marcenal?
—Una cosa descuidada
en singular, y buscada
continuamente en plural.

W. P. BERMÚDEZ.

(BARBAGELATA: *Una centuria literaria*, París).

55.—Los árboles

Yo,—dijo Pepito,—quisiera ser:
Trabajador como una hormiguita.
Perseverante como una abeja.
Alegre como una mariposa.
Util como un gusanito de seda.
Fiel como «Titán». (1)
Bueno como «Abel». (2)
Valiente como la gallina, cuando alguien va a sacarle uno de sus pollitos.

—Pues yo,—contestó el tío Carlos, que los escuchaba sonriendo—desearía ser tan digno de admiración y amor como un árbol, que en sí reune todas las condiciones de que habla Pepito: porque es trabajador, puesto que brota y florece constantemente; perseverante, pues primavera tras primavera da hojas y ramas nuevas aunque el invierno y los leñadores se las quiten todos los años; útil y bueno porque purifica el aire, proporciona leña y madera, da sombra, cobija nidos; alegre, porque es verde y rumoroso; fiel, pues echa hondas raíces donde se le planta; valiente, porque resiste las tormentas, los huracanes, las heladas, los ardientes soles, las noches solitarias y negras. Y por todo esto junto: es también dadivoso, caritativo, optimista, paciente. Y, ¡cuánto bien hace al corazón del hombre dándole también el espectáculo de su vigor, de su belleza, de su salud! ¿No les parece a ustedes que sería muy hermoso poder reunir en nosotros todas las cualidades de un árbol?

Los cuatro niños convinieron en que el tío Carlos había dicho una gran verdad.

JUANA DE IBARBOUROU.

(Ejemplario).

56.—Llénalo de amor

Siempre que haya un hueco en tu vida, llénalo de amor.

Adolescente, joven, viejo, siempre que haya un hueco en tu vida, llénalo de amor.

En cuanto sepas que tienes delante de ti un tiempo baldío, ve a buscar al amor.

No pienses: «sufriré».
No pienses: «me engañarán».
No pienses: «dudaré».

Ve, simplemente, diáfanamente, regocijadamente en busca del amor.

¿Qué índole de amor? No importa: todo amor está lleno de excelencia y de nobleza.

Ama como puedas, ama a quien puedas, ama todo lo que puedas..., pero ama siempre.

No te preocupes de la finalidad de tu amor.
El lleva en sí mismo su finalidad.

No te juzgues incompleto porque no responden a tus ternuras; el amor lleva en sí su propia plenitud.

Siempre que haya un hueco en tu vida, llénalo de amor.

AMADO NERVO.

(Plenitud).

(1) Un perro.
(2) Un corderito.

NUESTROS HIJOS

La obra de las colonias

(De *La Libertad*, Madrid).

Un hecho social puede observarse en estos meses veraniegos que revela un cierto progreso en nuestra vida española. No olvidemos que si el amor espontáneo a la infancia da la medida de la bondad de un pueblo, el reflexivo esfuerzo por la educación de sus hijos da la medida de su civilización.

El hombre no es, simplemente, un animal racional, puesto que otros animales poseen también una inteligencia más o menos rudimentaria, sino un animal, el único animal capaz de trazarse interiormente un bosquejo, plan o diseño mental de lo que debe ser su obra futura, la realidad del porvenir. El hombre es el animal proyectista, o, más bellamente, el animal idealista. El momento más noble de la vida humana es aquel en que un individuo, o toda una generación, comprendiendo que no alcanzaron el ideal perseguido—como Moisés a la vista de la tierra prometida, en la que no debía entrar—, se vuelven hacia los hijos, hacia la generación siguiente, instruyéndola y preparándola para que realice lo que sus padres sólo supieron entrever o presentir...

* *

Unas veces es, en la estación, un vagón de tercera, de cuyas ventanillas salen alegres racimos de cabezas infantiles y de manitas que dicen adiós a sus familias, masa de gente modesta que llena el andén. Otras veces, en un pueblo serrano, el grupo de niños que, a puesta de sol, retorna cantando del monte. Otras, al mediodía, en una playa, una legión de pequeños bañistas que tiembla y ríe bajo el golpe de las olas.

He ahí el hecho social a que aludíamos, cada vez más frecuente, más extendido por todo el país. Cualquiera a quien preguntéis, os responderá, como ante una cosa harto natural y conocida: «Es una colonia escolar...» Los periódicos anuncian a diario la salida o la llegada de una de ellas; los ayuntamientos las organizan cada vez en mayor número; poco a poco van entrando en nuestras costumbres y consiguiendo la simpatía pública. Buena señal. Porque las colonias escolares, o colonias infantiles, tienen en el fondo más transcendencia de la que a primera vista parece, y su difusión y éxito revelan una nueva manera de concebir la educación.

* *

Ante todo, un recuerdo...

Fué D. Francisco Giner de los Ríos quien introdujo en España las colonias escolares. Las inició, como todas sus cosas, calladamente, confiando en la sola virtud del ejemplo, con la modestia de un ensayo, con la intimidad que pide la labor educadora; sin medios materiales, sin discursos ni gacetillas. «Mejor es influir en la Historia que quedar en la Historia», decía frecuentemente el maestro.

Parécenos ahora que le vemos como un día le vimos, en sus últimos años, bañándose entre los niños de la colonia escolar en la playa de San Vicente de la Barquera. Se había desnudado entre unas rocas, como un viejo filósofo, y su cuerpo, menudo y ágil, se confundía casi con los de los pequeños, mientras la hermosa cabeza, morena y gris, descollaba, recibiendo la larga caricia del aire, del agua y del sol, con la beatitud de una infancia que pudiese tener conciencia de sí misma...

En el humilde comedor de esa colonia de San Vicente hay una fotografía de don Francisco, con los versos de Antonio Machado: «Cómo se fué el maestro...», y algunas flores silvestres.

* *

Las colonias infantiles son un excelente ejemplo de lo que la educación puede y debe hacer fuera de la escuela. La escuela, la clase, constituye sólo una parte, y no la mayor, de lo que nos toca hacer por nuestros hijos. Es la vida la que enseña. Por eso se esfuerzan los pedagogos en llevar la vida a la escuela, introduciendo en las aulas la espontaneidad, la acción, el juego, las realidades sensibles, la emoción moral y el goce de la belleza. Pero la vida, al escolarizarse, se diseca, se cuadricula, pierde su frescura y su fecundidad espiritual, convirtiéndose en un esquema de ejercicios didácticos.

Y hoy se piensa, a la inversa, en llevar la escuela a la vida. Aprender en la clase aquellas cosas que en la clase han de aprenderse, y crear, fuera de la escuela, una atmósfera educadora, un sentido educador, en las otras manifestaciones de la existencia infantil, libres, múltiples, complejas. Deben educar el taller, el aprendizaje, la Asociación infantil, el Sindicato, el hogar, la calle, el deporte, el libro, el periódico, el teatro, el cinematógrafo, la radiotelefonía, los actos públicos, las fiestas, los monumentes... ¡Cuánto cabría hacer en cada uno de estos aspectos para que la vida entera de la ciudad fuese, como en la antigua Atenas, escuela de cultura y de elevación espiritual! Porque la vista es la que educa.

* *

Una de estas formas de educación por la vida misma —educación física y moral, mediante unas semanas de veraneo—son las colonias infantiles. Para ello es preciso que la jornada entera de la colonia resulte un ejemplo de vida sana, pura, libre, ordenada, fraternal. Es preciso, por otra parte, que la colonia escolar tenga lo menos posible de «escolar», en el viejo sentido de la palabra. Nada de clases o lecciones. En cambio, mucha Naturaleza, oxígeno, puestas de sol, canciones populares, alegría, armonía...

La base es la higiene. Niños débiles, delicados, desnutridos, van a fortalecer su organismo. Lo primero es que afirmen su salud para el presente y para el porvenir. Ya esto no será poco, ciertamente. Pero hay que buscar algo más. Debe quedar en la mente de esos muchachos, acaso hasta la vejez, el recuerdo de unos días felices, en los que esa felicidad brotaba sin refinamientos, sin artificios, sólo con el goce de la luz del cielo y de la luz de las almas.

Tres cosas hay que tener presentes si se quiere que las colonias se difundan en España, manteniendo su buen espíritu y su virtualidad educadora. Primera: Escrupulosa administración. Las colonias deben resultar baratas, como ejemplo de que con poco dinero se puede organizar una vida sana, abundante, sencilla y dichosa. Segunda: Convivencia completa entre profesores y alumnos. La misma comida, los mismos dormitorios. Convivencia constante, única solución del dilema entre abandono desmoralizador y vigilancia suspicaz y odiosa. Mal va una colonia cuando los profesores se sientan en el café y los niños juegan, por su cuenta, en la plaza de la villa. Tercera: Concebir las colonias como obra de educación y no como obra de caridad. En las colonias que conservan la tradición de D. Francisco Giner han solido mezclarse y confundirse con los niños necesitados, que van gratuitamente, otros muchachos acomodados, colonos de pago, sin que en nada aparezca esa diferencia... Con estas tres condiciones, las colonias escolares influirán cada día más en el bienestar y en el progreso moral de nuestro país.

Luis de Zulueta

Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

W. Irving: *El legado del moro*, un vol. pasta .... ¢ 1.75
Lope de Vega: *Las aventuras de Pánfilo*, un vol. pasta 1.75
J. W. Goethe: *El nuevo París*, un vol. pasta 1.75
Kahlil Gibrán: *El loco* 1.00
Paul Geraldy: *Tú y Yo* 1.00
Homero: *Iliada* (2 tms., pasta) 6.00
Amós Comenio: *Didáctica Magna* 5.00
Tolstoi: *Los Evangelios* (1 tom. pasta) 3.00
Dante: *La Divina Comedia* (1 tomo pasta) 3.00
Plutarco: *Vidas Paralelas* (2 tomos pasta) 6.00
Platón: *Diálogos* (3 tms. pasta) 9.00
Fray Luis de León: *Poesías originales* 1.25
Luis Carlos López: *Por el atajo* 5.00
B. Contreras: *Antología de poetas italianos* 0.75
Eurípides: *Tragedias* (un tomo, pasta) 3.00
Tagore: *Jardinero de amor* 2.25
Bolívar: *Discurso en el Congreso de Angostura* 1.50
Homero: *Odisea* (un tom. pasta) 3.00
P. Henríquez Ureña: *Mi España* 4.00
Alfonso Reyes: *Los dos caminos* 2.50
Ml. Magallanes Moure: *Florilegio* 2.00
Isaías Gamboa: *Flores de Otoño y otros poemas* 2.25
Sarmiento: *Facundo*, 1 tomo rústica 3.00
Ediciones de «La Lectura»: *La nueva educación*, *La Escuela de «Las Rocas»*, *El Método Montessori*, el volumen empastado 3.00

Obras de Alfonso Reyes

Hemos recibido para la venta 10 ejeps. de cada una de las siguientes:

El Plano Oblicuo .... Precio ¢ 2.50
Simpatías y Diferencias (Cuatro series) Precio de cada serie » 2.50

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica